

SOBRE LA NECESIDAD DE LOS SUFRIMIENTOS

Un Sermón, en el Crepúsculo del Sábado, hacia el Día de Quincuagésima,
PREDICADO en QUINCUAGÉSIMA, Febrero 22do., 2009. S. LUCAS, 18.
M. Reverendo + Enrique Broussain ~ Congregación del Oratorio del Sagrado Corazón de Jesús

«Tomando Jesús aparte a los doce, les dijo: 'Mirad, vamos a Jerusalén, para que sean cumplidas todas las cosas que los Profetas escribieron del Hijo del Hombre: que le entregarán a los Gentiles; y así será escarnecido, y azotado, y escupido: y después que le hubieren azotado, le darán muerte; y al tercer día resucitará. Mas ellos ninguna de estas cosas entendieron; antes eran, estas palabras, unas escondidas para ellos, y no deducían lo que les era dicho. Y al acercarse á Jericó, había un ciego sentado a la vera del camino, pidiendo limosna. Y al oír la horda de la gente que pasaba, preguntó qué era aquello. Y le dijeron que Jesús el Nazareno pasaba por allí, de camino. Y él se puso á gritar: ¡Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí! Y los que iban delante le reprendían, para que callase. Pero entonces él más alzaba su grito: '¡Hijo de David, ten misericordia de mí!' Se detuvo entonces Jesús, y mandó que le trajesen ante Sí. Y cuando le tuvo cerca, le preguntó, diciendo: ¿Qué quieres que te haga? Y él respondió: 'Señor, que yo tenga vista.' Jesús le dijo: *tenla*. Tu fe te ha salvado. Y al instante vio; y le seguía, glorificando las grandezas de Dios. Y todo el pueblo, cuando vio esto, alabó a Dios.» Lucas, 18.31—43.

IN NOMINE IESU

1. La Palabra de este Evangelio nos preserva de los desórdenes a los cuales se entregan o involucran hoy día tantos Cristianos. O *casí Cristianos*. Para nuestro mayor beneficio espiritual escuchemos con humildad, y diligencia, y hagamos nuestra la enseñanza que el Señor Cristo nos brinda.

2. *'Mirad, vamos a Jerusalén, para que sean cumplidas todas las cosas que los Profetas escribieron del Hijo del Hombre: que le entregarán a los Gentiles, y así será escarnecido, y azotado, y escupido: y después que le hubieren azotado, le darán muerte; y al tercer día resucitará.'* Previendo Jesús la turbación que embargaría a los Apóstoles en el día de Su Pasión, se las anuncia con todas sus circunstancias. —Recordamos en la Iglesia, en el día de Quincuagésima, esta profecía, para apartarnos, con esta meditación, de los placeres inmoderados, de los excesos y disoluciones a los que la mayoría de las gentes se entregan en estos días de carnaval. Un carnaval que, por cierto, perdió ya su carácter esporádico, o, para decirlo con mayor claridad, se ha convertido *en un carnaval perpetuo*: no es ya *un día* en que el bufón es Rey, el idiota Obispo, y la ramera Princesa y docente; mas ahora, en todo tiempo, sufrimos una comparsa siniestra, que todo lo ahoga con sus rizomas de pulpo y sus perfumes tan depreciados como tóxicos —Lloremos, mis hermanos, por nuestros pecados, pues por pecados como éstos, Nuestro Señor Jesucristo fue entregado en manos de los Gentiles, para azotarle, escupirle, denostarle y condenarle á una muerte atroz. — ¡Oh, si hubiese querido, nuestro Gran Dios, que las palabras del Evangelio, que nos muestran a Jesucristo vendido, entregado a Sus enemigos, (como hoy le entrega la Gran Ramera con Sede en Roma y el resto de sus hijas prostituidas, ya no la Iglesia Apostólica:) las palabras que nos descubren al manso Cristo, herido, denostado, azotado y muerto, fuesen solamente una mera relación de Sus pasadas penas, y no la historia de estos últimos días, cuando la idolatría apóstata de las pasiones se ensaña, nuevamente, en crucificar al Señor! *Porque Cristo será crucificado hasta el fin del mundo en Su Cuerpo Místico*. La comunión de los predestinados a la gracia y a la gloria, que sufren y resisten, son aquellos dos testigos, que predicán en saco y ceniza, Apocalipsis 11. Más allá de la Iglesiocracia visible, Dios tiene sus agentes secretos; — los vergonzosos excesos de este burdo y continuo carnaval, la desenfrenada licencia, sus horrores satánicos, que ofuscarían al mismo De Sade, las blasfemias que ni el peor de los herejes hubiera concebido y que ultrajan a la Santa Madre de Dios, (llamándola ahora 'Hija de Sion' para dar gusto a los prostibularios del judeo-cristianismo;) el asesinato de los no-nacidos y un canibalismo que ni las mentes febriles del Dante o Baudelaire, o incluso del mismo Lautréámont, en sus más espasmódicas convulsiones, lograran jamás entrever; todo ello nos enseña cómo se cumple y se ha cumplido en estos días — *que claman por la Segunda Venida de Cristo Rey* — esta lúgubre profecía.

3. Sin entrar en relación minuciosa de las penas que sufrió el amante Jesús, meditemos tan sólo en lo que obtuvo la perfidia de un apóstata al venderle; lo que perpetraron los Escribas y Fariseos para obtener Su sentencia a muerte; lo que hicieron unos y otros para hacer de esta muerte una ignominiosa afrenta; y veremos que los infieles, con sus desórdenes, con su impureza, que desvela la podredumbre de su sangre cainita, renuevan cruelmente, una por una, cada circunstancia terrible de Su Pasión y del crimen deicida. Le entregan en la impiedad de sus pasiones de brutos; le hacen objeto de befa y escarnio con sus criminales regodeos, con sus pensamientos enemigos del pudor; aguzan las espinas con que fue atravesada Su cabeza augusta, y los clavos con que Sus manos y pies fueron traspasados; se diría que el tumulto que se observa en Satania y sus múltiples urbes y capitales, es una y la misma con la del pueblo de Judea cuando acarrea a Jesús al Calvario, aullando e imprecando para que el Autor del Universo fuese crucificado.

4. Mis amigos, es medio eficaz y bendito para detestar estas locuras tener en mente la Santa Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo. « *¿Cómo es posible, dice Orígenes, que reine el pecado en un corazón que medita las circunstancias y causas de la Pasión y muerte del Salvador? Tal es la virtud de la Cruz de Cristo, que ante su consideración no hay concupiscencia que no se refrene, ni tentación de la carne, el diablo o el mundo que no se desvanezca* » (Origen. in cap. 6, ad Rom.) Ah; con qué facilidad prevaleceríamos, si al acosarnos la carne, el diablo o el mundo, tal como lo dice Orígenes, clamáramos con San Bernardo: « *Mi amante Jesús está pendiente de un madero, ¿y yo condescendería al desahogo de mis pasiones?* » Proveámonos, pues, de sentimientos de verdadera piedad, y exclamemos con Agustín: « *Beba quien quiera en el cáliz mortal del deleite impuro; la porción del mío será siempre el Señor.* » (August., in Psalm. 15.)

5. *'Pues Él será entregado a los Gentiles, y así escarnecido, y azotado, y escupido.* » La traición, las humillaciones, angustias e ignominias que precedieron la Muerte de Cristo, nos persuaden a prepararnos con penitencia y humildad. Nada, sino la indiferencia ante el soberano Sacrificio del Gólgota, puede inducir al hombre a darse a sí mismo al libertinaje y la codicia, aún en el momento en que él mismo está a punto de aparecer ante el Divino Juez. Y ¿Quién puede decir que tal cosa no sucederá este mismo día? *'Y después que le hubieren azotado, le darán muerte; y al tercer día resucitará.* » Otra vez: Nada, sino el memorar los sufrimientos, muerte y resurrección de Cristo, lograrán darnos consuelo y fortalecernos en nuestra flaqueza contra el temor a enfermedades penosas y el horror a morir. Sus sufrimientos suavizan y santifican los nuestros; Su muerte cambia el castigo *del criminal que éramos sin Él* en sacrificio expiatorio; y Su resurrección es nuestro natalicio en la muerte, nuestro nacimiento a una vida nueva y eterna, si es que morimos con corazones penitentes, y sometidos a la justicia de Dios: que viene a nosotros en el Evangelio de la gracia *que perdona y santifica a través de la fe que obra por el amor.*

6. *Mas ellos ninguna de estas cosas entendieron.* » ¿Cuáles pudiesen ser las causas de esta ignorancia? En primer lugar, su amor apasionado por el Divino Maestro; en segundo lugar, el que ellos estimaran que Él les hablaba alegóricamente, según el uso del país. Muchos son también *los casi Cristianos* que no quieren entender las verdades sacras que se les predicán, por ser contrarias a la *sarx*, al diablo, y al mundo; a la codicia del dinero y a ese aspecto bien conocido por los teólogos: el de una demencia precoz, o tal vez senil, por la riqueza, que baja a la tumba con la mortaja y el gusano; pero los impíos, por su estirpe, abandonan la fe y se entregan al mundo, al cual tanto anhelan; mundo Egipciaco cuyas *ollas de barro* siempre tuvieron en mente, aún cuando se acercaron al Santísimo Sacramento, crucificando otra vez a Cristo, quien compró al *Adán Viejo* por precio. Estos jamás renunciaron a sus pasiones mundanales. La mente del hombre sin fe, 'según el uso del país' de la impiedad, *no entiende estas cosas*, y ellas *permanecen ocultas a él*, porque nada hay más adverso a la Cruz de Cristo que la naturaleza humana caída; el alma muerta del hombre natural no alcanza la Cruz, ni la necesidad de los sufrimientos, y la de la misma muerte; no percibe que si padecemos y morimos con Cristo, es porque ya hemos resucitado en Él y con Él, en la unión mística que precede a la visión bienaventurada. Menos aún comprende el hombre natural *los sufrimientos de Dios* en la Persona de Cristo. Criminal como es, y digno, como lo es, de su propia muerte, aún así, sólo la experiencia cotidiana le hace entender que un día ha de morir, y sólo en ello se distingue de las bestias; ¿cómo, entonces, sin la fe invencible, podrá el hombre natural percibir aquello en AQUÉL que es la inocencia misma? § Abre, Oh Señor, nuestro entendimiento, *a las verdades que son necesarias*; y haz que nuestros corazones se sometan a ellas con el amor más humilde y el fervor más intenso.

7. Mis amigos, la fe nos exhorta a no conformarnos al espíritu del mundo, a no amarlo y a no tener apego a sus bienes; asegurándonos *que si amamos al mundo*, perderemos la *járitas*, el amor de Dios; puesto que el amor del mundo *es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida* (Joann., 2. 15—16.) — Pues bien, los que tornan parte en las canallescás artes de este carnaval perpetuo, están hincados como perros ante las deidades de Satania; de tal modo aman al mundo, y su religión democrática y anticristiana, que tal parece se han bautizado en ellas y les han jurado una fidelidad inconsciente, aun hasta la muerte; ídolos falaces, al fin, que cada día, a la vez, les asesinan de a poco, con su arsénico de antiguo corte de traición. Ah, hermanos míos, la fe nos exhorta a crucificar la carne; a todos sus vicios y concupiscencias (2 Cor., 2.10; Galat., 5. 24.) Y ¿a qué tienden los actos y los deseos de los que se entregan a estos solaces espectrales, mas a contentar a un cuerpo, que presumen sin alma, y a satisfacer sus ardores? La fe nos intima la necesidad de preservar nuestra lengua de todo discurso impuro, causa de nuestra ruina y de la del prójimo (Prov., 26.28.) Pero en estos días finales, que preceden de inmediato la Parusía, se habla de forma grosera y soez; y en ello, por cierto, se destacan las mujerzuelas, ya no más unas pocas, discurriendo miserias en callejuelas rodeadas de relentes y luces empurpuradas de ludibrio y de dolor, bajo rojas farolas de peste, mas ahora entronadas en lugares de dominio, gobierno, y difusión pública; cuando ya casi no quedan *mujeres de bien*, y menos aún alguna fémína a la que la palabra *dama* le cuadre; y qué decir de la turba de rufianes que se centuplica como liendres en multitud de rincones y estrados; homúnculos (mejor, nunca los pudo prever

Weishaupt,) cuyo único sueño es el oro, o sus migajas, caídas al Kahal, y su único ideal el vivir como brutos, y morir como ratas. En estos días de la *Satania* omnipresente, que ahoga *al pueblo de los santos, y los vence*, como lo dice San Juan en su Apocalipsis, a las turbas les parece insípido o ridículo todo diálogo o conversación, si en ellos no se profieren palabras contrarias al decoro, *pornogramas* insignes, equívocos obscenos y apologías a las relaciones lúbricas. —Ah, la fe nos intima la necesidad de orar continuamente (Lucas, 18.1.) Pero las sandeces conspicuas del *carnaval perpetuo* no dejan tiempo para orar, ni para congregarse, ni para lecciones espirituales, ni para acto alguno de la *járitas* Cristiana. La fe nos exhorta a huir de toda ocasión de pecar, y el de aplicarnos a las obras que indefectiblemente siguen a la fe celestial e invencible. Pero ahora *es de estilo* (y nadie reflexiona sobre quién impone estos estilos,) todo lo contrario: el frecuentar los *bailes*, por llamarles de alguna manera, pues no son sino pretextos para la intemperancia depravada y la corrupción de menores, la embriaguez, y la muerte por drogas, de niños y jóvenes; las reuniones, más que sospechosas, siniestras; y las amistades oscuras; en fin, las masas que nos rodean no temen a Dios, y ya no se escuchan las magníficas verdades de nuestra santa doctrina; no se cavila ni en orar, ni en recibir los santos sacramentos. Y como si la ley divina hubiese sido quitada del Arca en el Santuario celeste, —donde Cristo intercede con Su sangre de continuo por los Suyos; — o hubiese sido borrada de las Escrituras, y se hubiere dispensado de ella a los hombres, sólo se trata de salir como dementes al encuentro de incentivos criminales y diversidad de maldades, y de resistir con pertinacia y sorna al Espíritu de Dios, que clama contra tanta profanación.

8. En cuanto a nosotros, queridos amigos, sea nuestra convicción muy distinta: procuremos avivar con el fuego del Sagrado Corazón nuestra fe; y, mientras tantos infelices se empozan en sus vilezas, renovando cruelmente la Pasión y Muerte de nuestro Amado Jesús, lloremos, nosotros, en oración ferviente, en la soledad, o congregados; detestemos toda esta apostasía, elevemos, aún, preces imprecatorias; y mientras ellos, los insensatos, se apuran a ofrecer su incienso a Baal, a Mammón, a los ídolos del mundo y de la carne, nosotros, imitando a Tobías el piadoso, acudamos al Santuario: el celeste, en la gracia de la fe; al terreno, en la lealtad al Oficio de la Palabra y los Sacramentos, para tributar así a nuestro Gran Dios todas nuestras adoraciones. Hallaremos, en nuestro hogar en el mundo, al Santísimo Sacramento, concedido a la veneración pública; seamos fieles, pues, a la oración, a la frecuencia de los sacramentos, y a la práctica de todas las devociones personales. A todo esto nos apremia la gloria de nuestro Gran Dios: que si a cada instante debe ser honrado, mucho más debe serlo en estos últimos días, en los cuales tantos *casi Cristianos* parecen conspirar contra Él.

9. *Y al acercarse á Jericó, había un ciego sentado a la vera del camino, pidiendo limosna. Y al oír el tropel de la gente que pasaba, preguntó qué era aquello. Y le dijeron que Jesús el Nazareno pasaba por allí, de camino. Y él se puso á gritar: ¡Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí! Y los que iban delante le reprendían, para que callase. Pero entonces él más alzaba su grito: ¡Hijo de David, ten misericordia de mí! »* Si las almas deseasen ser espiritualmente alumbradas por Nuestro Señor Jesucristo, (como este ciego deseaba lograr la vista corporal,) no viéramos en estos días de agravio a tantos casi Cristianos permanecer en el pecado. — San Gregorio opina que este ciego es emblema del género humano, arrojado del Paraíso en la persona de Adán, privado de la luz sobrenatural, y sepultado en la noche de la culpa (*Hom. 2, in Evang.*) Y en verdad: ¿qué mayor ceguera, aquella de tantos pecadores pertinaces, que pierden la amistad de Dios, el Paraíso, las bendiciones de la fe, tornándose esclavos del demonio y exponiéndose a cada instante a ser lanzados *al tormento que nunca se apaga*, por un error de sus mentes, por una codicia infame, por el humo de una gloria que pasa, por una famélica sombra de ambición: y que así viven, mancillando la Sangre del Cordero Eterno, como si sus vidas les pertenecieran y fueran amos de una inmortalidad antinomiana? Qué presunción inaudita, mis amigos. ¿Qué diríamos de un súbdito, quien, caído en desgracia del soberano, siendo confiscados sus bienes, y condenado al patíbulo, se entregase á toda clase de bufonadas y diversiones inconsecuentes? Señalaríamos, y con razón, que es un estúpido, o un hombre de presunción inexplicable. Pues bien; el que vive alegre y complacido en pecado de muerte, ya tiene sentencia de condenación eterna. Mas éste sólo se interesa en los lujos y placeres engañosos de *Satania*. Deplorable ceguera. Monstruosa presunción. — Aún así, no olvidemos las palabras del Apóstol: *ellos no podían creer* (Joann., 12.39.) Pero me detengo aquí, ante los abismos de la predestinación eterna de Dios. ^[1]

10. Los que iban delante de la turba procuraban enmudecer al ciego; porque o bien eran enemigos del Señor Cristo, y no toleraban que se le llamase Hijo de David, esto es, *el Cristo*; o porque creían que al Señor le amargarían sus gritos péfidos, nocivos; o, finalmente, porque en su odio *sin causa*, le despreciaban. Este es el espíritu del mundo, el espíritu fariseo, el hedor del orgullo. No considerar dignas sino a las riquezas o el número, o la apariencia. — Huyamos, mis amigos, de este espíritu de vanidad; no nos detengamos en el exterior, penetremos más adentro, y hallaremos motivos poderosos para humillarnos. Y tratemos con amor y cortesía a los que padecen infortunio. Al dejar de lado aquel ciego todas las reprensiones y censuras, alza aún más alta su voz; pues, el que clama de corazón, no puede callar. En aquellos que zaherían al ciego para que callase, descubre Beda el Venerable esos confusos apetitos, nuestras pasiones inquietas, siempre enemigas

de nuestra oración; esa que ruega a Dios las Luces espirituales: la visión del alma, en fin, necesaria para descubrir los males del pecado y sus excesos, y los inapreciables bienes que nos proporcionan el arrepentimiento y la fe invencible. Es con este auxilio que discernimos lo que nos conviene evitar, lo que debemos seguir. Juzguemos, pues, cuán necesario es orar al Padre de continuo, en el Nombre Eterno de Jesús, sin importarnos que el egoísmo y las pasiones traten de hacernos callar.

11. Conmovidamente el compasivo corazón de Jesús por los incesantes gritos del ciego, se detiene y llama traerlo a Su presencia; y cuando a Él se allega, le pregunta *¿que quieres que te haga?* Le dirige esta pregunta para aumentar su fe y su confianza. '¡Ah, Señor!' contesta el ciego, 'que yo vea.' La gracia que pide con aquellas palabras: *Domine, ut videam*: no se limita a la sola visión corporal, mas también a la del alma. Como este ciego, digamos también nosotros: 'Señor, haz que veamos, que conozcamos la vanidad de este mundo en ruinas, esta Edad de Hierro que transitamos, a la que ha alcanzado el fin de los siglos. Haz que nunca olvidemos nuestro último fin, para que la muerte no nos sorprenda, negligentes. Sea esta nuestra oración cotidiana, para que con Tu luz divina descubramos los ardides, y evitemos las celadas y elogios del mundo.'

12. Concediendo Cristo la gracia que con viva instancia requería el ciego, le dice: *Ve, pues; tu fe te ha salvado*. Observamos que el Hijo de Dios, al dar salud a los enfermos, acostumbra decirles *que su fe les salva*; porque es *con y por* la fe que nuestro Gran Dios ha creado al mundo y resucitado a los muertos: a los incrédulos, de su incredulidad; y los cadáveres, de sus tumbas. Es por ello que estas sanidades milagrosas eran una doble dádiva de Dios. — Al ver que Jesucristo elogia la fe del ciego, examinemos si hubo en ella alguna circunstancia particular. La constancia en clamar, el redoblar sus clamores, cuando querían hacerle callar, nos demuestran que su fe era realmente grande, invencible, digna del Salvador: que por gracia la infundió antes en su alma. *Pues la fe es hija de la Elección de gracia*. La fe es, propiamente dicho, nuestra, puesto que creemos por un acto de nuestra voluntad; y aún así es un don de Dios, ya que es Él quien obra en nosotros tanto la voluntad de creer como el acto de fe, en sí mismo. Primero nos da la fe para orar; y luego sostiene todo lo que decimos en la plegaria. — Persuadámonos, pues, de que las gracias divinas reverberan en medio de una fe viviente; de la fe invencible, la fe de los hijos de Dios, quien conoce a los que son Suyos.

13. *'Y al instante vio; y le seguía, glorificando las grandezas de Dios. Y todo el pueblo, cuando vio esto, alabó a Dios.'* Nos ilustramos aquí sobre tres asuntos. Primero, que debemos servir a Jesucristo, al habernos dispensado tantos y tan admirables beneficios. *Servir a Jesucristo* quiere decir: seguirle, ir en pos de Él, guardar Su Palabra, Sus mandamientos, Su doctrina. — En el mundo vemos las antípodas: se siguen los pasos de los pecadores, de los infieles, de los *perros* (Filip., 3.2; Apoc., 22.15;) y así se vive y así se muere, aún la muerte segunda, según lo demandan las inclinaciones malignas. — No olvidéis que no es posible ser salvos, sin vivir en Jesucristo, conformados a imagen del bendito Hijo de Dios, para lo cual se nos llamó, y, llamándonos, se nos predestinó (Rom, 8. 28—30.) En segundo lugar, debemos dar, sin cesar, gracias a Dios, por los beneficios recibidos; no de labios, mas con hechos, con obras de fe; viviendo de tal modo que cuantos nos vean se sientan dispuestos a glorificar a Cristo y al Evangelio. Mis amigos, el amor sigue a la fe; el alma, iluminada por Dios, lleva nuestros corazones muy cerca de Su sacro corazón. — Oh, hermanos, bienaventurado es aquel ciego a quien el Señor le da ojos, no sólo para conocerle, mas también pies para seguirle, una lengua para bendecirlo, y un corazón sincero para amarlo. — Por último, debemos ser agradecidos con Dios, no sólo por las gracias que de Él recibimos, mas también por las que dispensa a otros, como aquellos de los que habla el Santo Evangelio, quienes, al ver el milagro que sobrecogió al ciego, se pronuncian en alabanza al Señor Jesucristo. De esta manera mueven los beneficios de nuestro Gran Dios a las almas agradecidas; las excitan a alabarle y a bendecirle, y a sentir alegría por el bien que el Señor hace con nuestros hermanos fieles, y con el prójimo en general. Guardémonos de la desazón: amemos a todos con amor fraternal; acostumbrándonos a adorar, humildes, la Providencia divina, en todas las cosas, por extrañas que nos parezcan; y alegrándonos del bien de todos. Así comenzaremos a participar de los sentimientos de los bienaventurados, cuyos privilegios os deseo, en la bendición común, de un mismo Señor, una misma fe, y un sólo bautismo. *Amén*.

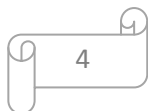
Y ahora a DIOS el PADRE, + DIOS, el HIJO, y DIOS el ESPÍRITU SANTO + sean dados todo honor y toda gloria, en esta hora y para siempre. *Amén*.

Bendiga el Señor Su Palabra en nuestros corazones, por los méritos de Cristo. *Amén. Y amén*.

SOLI DEO GLORIA

* * * * *

Emitte Agnum, Domine, dominatorem terræ, de Petra deserti ad montem filiæ Sion.



NOTA.

1. Dios ve el mal de toda eternidad, de modo que Él, en Su sabiduría, piensa que es justo sufrir que la voluntad corrupta lo cometa, dejándolo librado a sí mismo; pero ni ese *Su preverlo*, ni *Su predecir* este mal, imponen necesidad alguna sobre el albedrío: Dios no tiene parte alguna en la corrupción y el desorden, que son la causa única del pecado. Fuese lo que fuera que Dios prevé, esto sucede con tal exactitud, que pareciera ocurrir exactamente para que se cumpla la profecía; mientras que, en realidad, así fue predicho sólo porque el evento ocurriría con toda certeza, sin que la libertad de los agentes secundarios sea lesionada. Son muy pocos los que creen; y entre aquellos que lo hacen, aún son menos quienes tienen una fe tan perfecta, como para permanecer indiferentes ante esta reprensión del Profeta (cf. Esaias, 6; Juan 12.38.) Al ser Jesucristo de una misma substancia con el Padre, y siendo Su palabra y poder unos conformes a Su naturaleza divina, es como si el Verbo fuera el brazo del Padre, desde que por Él, el mundo fue hecho, y todas las cosas se hicieron en éste; y es igualmente por Él, que, en Su naturaleza humana y creada, Dios repara y restaura todas las cosas, y trae la salvación al mundo. La sagrada humanidad de Cristo es el instrumento de cada milagro que Dios obró por Su Hijo, el de los méritos de todas Sus gracias, y el de todas las obras de la santidad y la piedad. Es un juicio tremendo, mas a la vez uno justo y adorable, cuando Dios, como castigo de crímenes anteriores, abandona al pecador a la infidelidad y a la obstinación de su corrupto albedrío. Los Judeanos *vieron los milagros, pero no el brazo que los obraba*, al tener un velo sobre los ojos de su corazón. (Es el orgullo el que extiende este velo sobre el corazón: la humildad lo remueve, y lo quita.)

2. Es imposible que lo que Dios ha previsto y predicho no ocurra; porque es imposible que Él nos engañe, o que Él se engañe a sí mismo. Debemos fielmente abrazarnos a la verdad de las Escrituras, cuya certeza es infalible. Lamentémonos nosotros mismos ante esta insolvencia de la voluntad, en la cual, a causa del pecado de Adán, todos nacemos, y que, por nuestros propios pecados, diariamente incrementamos. Recurramos en todo momento a Aquel que ha dicho, 'Sin Mí, nada podéis hacer,' y: 'Ningún hombre puede venir a Mí, a menos que el Padre no le trajere.' La incapacidad voluntaria de un corazón ciego y obstinado tiene tres causas: (1) El diablo, que sugiere la tentación. (2) El hombre, que a ella consiente. (3) Dios, que, o bien abandona al pecador en su propia inclinación corrupta, o bien le beneficia, en todo aquello que para Él no son más que ocasiones próximas al pecado; y ambas, como sucediera antes con Faraón, y aquí con los Judeanos, se revelan como admoniciones y milagros. La ceguera y la obstinación tienen algunos grados: todo aquel que no discierne y comprende las verdades necesarias a su buen gobierno y proceder, o bien no se permite ser dirigido por aquellas, a las cuales comprende, en las ocasiones en que ellas deben ser su regla y su guía; o bien es ciego y se ha endurecido con respecto a ellas. Seamos cuidadosos, pues, para que estas palabras no nos lleven a murmurar contra Dios, o creamos que nos permiten el censurar Sus proceder, en lugar de humillarnos a nosotros mismos, adorándole en temor y temblor. —